

colección
Los días terrestres
LVI

© del texto: Almudena Martínez García

Imagen de cubierta: Pixabay

© de esta edición: **EDA Libros**
c/ Pinsapo 15, Local 11
29639 Benalmádena Pueblo, Málaga
Teléfono: 952 448 420
email: edalibros@edalibros.com

I.S.B.N.: 978-84-92821-25-9
Depósito Legal:

Hugo Abbati

Los puntos cardinales



Benalmádena, Málaga, 2024

Almudena Martínez García y su sexuagésimo quinto aniversario de estancia en el planeta Tierra fueron el motor de esta fábula sobre el ser humano y sus desplazamientos que Hugo Mario Abbati Ochoa escribió en 2016.

A ella le pertenece.



Le diré algo terrible de la vida: tiene sentido.

HAROLD BRODKEY

La Historia

(I)

✱

Esto empieza así.

Cuando me fui al Norte mi hijo tenía diez años. Mucho tiempo después tuve noticias de él. Nada importante. Vivía en una casa-hogar. No recordaba nada de su padre. De todos modos, la memoria nunca fue su fuerte.

Al Norte llegué desde el Sur, no desde las planicies del Oeste ni de los pantanos del Este. Directamente desde el Sur, en línea recta, sin titubeos. Descubrí una tierra oscura oculta por la niebla; había en el aire sonidos de pájaros que parecían cansados de cantar (no eran pájaros). No vi hombres ni animales. La vegetación era gris y soplaba un viento que parecía estar despidiéndose de algo que yo ignoraba. Fue la primera impresión que me confirmó como extranjero. Todo era oscuridad. Estaba en los márgenes.

La maleta era pequeña; así y todo le sobraba espacio. Confusamente, yo creí que ese espacio sería ocupado por mi nueva vida en ese lugar hostil, el Norte. Pero en el Norte no había nada para que yo terminara de llenar mi maleta. Hubo unas primeras voces y algunos acontecimientos, pero fueron totalmente prescindibles. Así y todo, no desesperé. De eso va esta historia, de la desesperación (o de cómo llenar mi maleta).

El temor que siempre me suscitaron las planicies (al oeste) comenzó muy pronto.

Mi padre, cuyo recuerdo se desdibuja a mi pesar, me advertía ocasionalmente sobre los riesgos de esa superficie uniforme, carente de relieves. Alguna gente había emigrado a esas tierras, mayormente en épocas de hartazgo, cuando el Sur se consumía entre guerras casi inadvertidas que yo no podía entender y los muertos ocupaban lugares en los que no tendrían que haber estado (calles, plazas públicas, casas abandonadas, etc.). Algunos decían que no eran guerras.

A veces, muy temprano, allá en el Sur, se podía escuchar el ruido de un coche apresurado que partía, casi clandestinamente, hacia el oeste. Sabíamos que se trataba de una huida y que en ella no faltaba la vergüenza. Familias enteras se apretujaban en el interior del vehículo que salía disparado, como si también él quisiera dejar todo eso atrás. Siempre había alguien que decía haber visto esa partida, o cualquier otra. Refería el modo un poco torpe en que el coche se perdía en las planicies hasta transformarse en un punto que, al fin, dejaba de verse en el espacio pero que permanecía en la memoria. Luego, durante unos días, se establecía un silencio que era, según mi padre, el modo en

que se aceptaba la pérdida; y no sólo por los que habían partido, sino, y sobre todo, porque los que permanecían se interrogaban en silencio sobre la conveniencia o no de emprender esa aventura hacia tierras sin relieves. Casi siempre terminaban por desechar la idea: por mucho que fuera el dolor allí en el Sur, era tan conocido, tan cotidiano, que pocos querían formar parte de los que ya no podían resistirlo.

Y si alguna vez alguien regresaba (a pie, consumido, pidiendo agua o cuidados, o una palabra de consuelo) nadie se atrevía a preguntar nada, porque, pienso ahora, querían conservar la esperanza de que, quizás, tras esas planicies, había un mundo posible, quiero decir, un mundo en el que intentar vivir.

Mi padre se reía de aquellos que elegían ir hacia los pantanos del Este. ¿Quién, decía, nutre esos pantanos, qué aguas terminales se acumulan allí, de dónde vienen, cuáles son esos ríos? Si alguna vez nos acercábamos un poco al Este, si, elevándonos sobre nuestros pies y estirando de modo casi imposible el cuello, alcanzábamos a ver alguno de los pantanos, nos daba la impresión de haber brotado directamente desde la tierra, de lo podrido de la tierra, como si esas aguas que imaginábamos cenagosas y malolientes estuvieran cansadas de ocultarse al sol y hubieran decidido, así, de repente, salir a la superficie y establecerse allí, a metros del Sur, con su carga de inmundicias y el sonido sordo de los insectos.

Se puede ser pequeño y no ser feliz. En una libreta vieja, ajada, la temblorosa mano de un niño había escrito eso. Muchos años después de morir mi padre, reconocí su letra.

Cuando yo tenía doce o trece años, se prohibieron los mapas. Entonces fue casi imposible pensar en otros espacios. “Estamos condenados a esta tierra”, decía mi madre, y yo creí entonces que se refería a la imposibilidad de ir hacia cualquier lugar, a cualquier hora, arrastrando el propio cuerpo, los pocos seres que había alrededor, dos o tres muebles, el dinero inútil. Sólo quedan nuestros ojos y los mapas que podamos dibujar con ellos, dijo entonces mi padre. Sin embargo, yo supe guardar aquellos mapas antiguos dibujados por otros que, lentamente, había ido robando de la Biblioteca de nuestra zona; estaban ocultos en anaqueles de metal en una sala del fondo del viejo edificio que albergaba la Biblioteca entre muros manchados de una humedad ácida que, con solo verla, te ardían los ojos. A los mapas los custodiaba un guardián que a veces, de puro aburrido, se dormía. Nadie supo nunca de mi audacia; podían matarte por tenerlos, en la plaza pública, te colgaban de un palo con una soga al cuello para desesperación de aquellos que te querían y regocijo de los demás. Creo haber visto muchas personas morir así. Aún hoy recuerdo mis náuseas, el dolor de estómago acentuado por los gritos que, en medio de la excitación, no sabía si eran de angustia o de alegría (quizás esto lo soñé). A mi modo, me sentía valiente. Después, las ejecuciones cesaron. Eso es lo que decían.

Mi madre se ocupaba de la casa y del jardín. Sobre todo del jardín. Creo que su vida giraba alrededor de él. Cuando era pequeña los ideaba de todo tipo, los dibujaba de varias maneras, buscaba, me dijo, un modelo personal que resistiera la luz. No voy a hablar de los soles del Sur, quien más quien menos sabe de la ferocidad de esa luz. Sólo algunos

animales podían soportarlo, además de unos pocos arbustos tiesos, amarillentos, llenos de espinas amenazantes. Mi padre nos incluía entre los animales capaces de resistir esa luz. Nuestra familia ha vivido aquí desde hace infinidad de años, decía, algo hemos aprendido. Mi madre comenzó diseñando los caminos del futuro vergel: lenguas de polvo que se levantaban a la menor brisa y se introducían en todos lados (recuerdo su regusto en el paladar, persistente). Una vez establecido el recorrido de esos caminos, comenzó con las vallas. Las dibujaba con trazo inseguro, con cuatro palos resecos que establecían límites precarios entre las diversas zonas. A cada zona le correspondía una especie: árboles pequeños, arbustos, palmeras, rosales, trepadoras, cactus, bulbosas, vivaces, etc. Hasta había reservado una zona para hortalizas y frutales. Un espacio estaba destinado para sombrillas que nos debían proteger de los soles y de la lluvia, aunque nunca llueve en el Sur. También unos bancos amplios dispuestos bajo las sombrillas para “estar cómodos mientras disfrutamos de todo”. Mi padre la estimulaba, decía que el sólo hecho de diseñar un jardín ya era todo un mérito, “imaginar un lugar distinto dentro del lugar en el que vivimos, ya es casi un milagro”. Mi madre no acogía con placer esas palabras, le parecían una burla. Pero no lo eran. Muchas veces volví a ver, casualmente, los dibujos de mi madre, y soporté la inutilidad de esos trazos. Recorrí el espacio destinado al jardín posible, ese trozo de tierra hostil que no podía dar de sí más de lo que mis pasos recorrían: un polvo oscuro que, en el ámbito de la imaginación, se había instalado en mi paladar siendo yo muy pequeño.

Mi primer muerto fue un hombre de unos cuarenta años. Lo descubrí cuando regresaba, ya muy tarde, de la Escue-

la de Instrucción. Ese día habíamos estado catorce horas sometidos a un entrenamiento intenso sobre paisajes imposibles. Conectados a una central de alto voltaje instalada en un lugar que desconocíamos, con nuestros auriculares y nuestras gafas especiales, reclinados sobre los sillones ya viejos que la Corporación nos había facilitado, veíamos desfilar *por nuestro cerebro* lugares que no existían, esto es, todos los lugares que no eran como el Sur, ni como esos escasos paisajes que podíamos divisar (mal) cuando mirábamos extendiendo la cabeza y elevando nuestros pies: las planicies, los pantanos, la tierra oscura del Norte, donde ahora vivo. Cuando salí de la Escuela me dolía la cabeza. Caminé unos metros con mis compañeros y luego giré hacia el edificio en el que vivía con mi familia, una mole gris que se iluminaba al atardecer bajo la luz última del Sur. Rojos, violetas, ámbar. Como vivíamos en la planta baja, teníamos derecho a un trozo de tierra en el que mi madre imaginaba su jardín. El hombre estaba junto a un árbol seco en una posición difícil de creer, sus brazos y piernas parecían haber perdido toda conexión con el tronco, de modo que no parecía una figura humana, sino un muñeco mal construido por alguien que había abandonado la tarea antes de tiempo. Su rostro, sin embargo, estaba cruzado por líneas rojas que eran sangre humana, la misma sangre que mi padre nos mostraba cuando se cortaba al afeitarse (una costumbre de familia, lo de cortarse). Entonces supe que ese hombre había estado vivo, que si el entrenamiento de la Escuela hubiera durado una o dos horas menos, quizás lo habría encontrado aún con vida, porque la sangre estaba fresca y en los ojos semiabiertos del hombre había un deseo ya ido de querer decir algo, de contar, quizás, una historia. Yo podía haber sido su oyente privilegiado. Aunque las historias también estaban prohibidas y sólo circulaban en voz baja en

lugares de estricta confianza, historias de todo tipo. Quizás pueda contar alguna.

Más tarde, mi madre me dijo que yo había visto otros muchos muertos antes que ese.

Me dijo que no los recordaba porque era necesario no hacerlo, “aquí –dijo– la memoria es mortal”.

Aquí, en el Norte, la oscuridad es casi total durante el día y absoluta durante toda la noche, aunque a veces, en la noche, resplandores claros, mercuriales, cruzan el espacio a una velocidad asombrosa. Cuando ello sucede hay que correr y esconderse en cualquier lugar, preferentemente en las alcantarillas, más seguras. Hay que permanecer allí varias horas, rodeado de gente que no habla, todos de acuerdo en el silencio. El miedo nos une. Nunca supe cual era el peligro, pero la costumbre tenía ya muchos años y posiblemente se hubiera olvidado el motivo que llevaba a todos a correr y esconderse. Creo que era como un recordatorio de que estábamos amenazados. Una señal, una luz, bastaba para que la desesperación, siempre lista, ocupara su lugar. El olor repugnante de las alcantarillas exhalaba seguridad, cuanto más podrido todo, más era la seguridad. Después, durante días, el olor persistía en la ropa, y no sólo allí: se expandía, impregnaba las paredes, los papeles, los libros, las viejas fotos de lo que alguna vez había organizado mi vida. En una de ellas mi hijo, con sólo meses, sonreía de modo artificioso, las bromas del fotógrafo –mi madre– no pudieron disimular lo que el niño ya sabía: que reír no formaba parte habitual de la vida.